



MERCADO CENTRAL DE CADIZ

CHIQUITITO

■ JOSE ANTONIO CASTRO

Era una noche fría, y de una humedad tal que uno sentía como se introducía por los poros de la piel y te calaba hasta los pensamientos. La niebla se abatía sobre la ciudad como un águila sobre su presa, hacía años que no se conocía una bruma tan intensa. Las calles parecían túneles, en las que difícilmente se podía adivinar dónde se encontraba el final. Había un halo de tristeza en el ambiente, quizás augurio de un mal presagio. Durante toda la noche las sirenas de los barcos estuvieron llamándose unas a otras.

Chiquitito, como cariñosamente era cono-

cido, –hombre afable, bonachón, campechano, de corta estatura, tez morena y de arrugas marcadas que testificaban inexorablemente el paso del tiempo, hombre de los que invitan a hablar, amigo del mayor de los desconocidos, presto a favorecer a cualquier necesitado, hijo de Manolito el de las lechugas y de Consuelito la de las flores– se levantó, como todos los días, antes de que las golondrinas que anidaban en su balcón pudieran iniciar sus cantos y bailes al alba.

Hacía años que no había dormido tan profunda y placenteramente como esa noche. Ese día sentía una extraña vitalidad, más pro-

pia de un espíritu adolescente que de su edad, porque el transcurrir de los años no perdona y alguna factura había pasado a su pequeño cuerpo.

Ese día era como si el resorte que durante tantos años le empujó a iniciar su labor a horas tan intempestivas y despiadadas, hubiera sido engrasado la noche anterior, y de un golpe seco lo lanzaran de la cama.

Como cada mañana y desde hacía tantos años, más que él tenía, se dirigió hacia la lonja de frutas a iniciar la compra que más tarde debería exponer en su puesto de la plaza, su segundo amor, como él cariñosamente la llamaba. Su carácter extrovertido se debió, sin lugar a dudas, al entorno donde nació, en la conocida plazoleta del Tío de la Tiza, en el centro del populoso barrio de la Viña, donde son habituales las tertulias de los vecinos en la calle en las noches de calor, y el tiempo parece haberse parado, donde aún se pregona por las calles la venta de las caballas Caleteras recién pescadas, tan exquisitas que si alguna vez vais por esas tierras y tenéis la suerte de degustarlas, junto con un buen vino del lugar, disfrutando de una puesta de sol en la plaza de la Caleta, notaréis como os atenaza un embrujo placentero, que difícilmente podréis olvidar en vuestra vida.

Ese día, desde que se había levantado, su cabeza le ebullía con imágenes de su pasado, era como si constantemente una película, de la cual él era el protagonista, fuese proyectada en su interior.

Cuando llegó a la lonja, y siguiendo un rito preestablecido, se dirigió al bar, pidió un café, invitó a su amigo el Renco, llamado así porque cojeaba de la pierna izquierda, y se sentó cerca de

la terraza, desde donde no se podía divisar más allá de unos metros. Su mente comenzó a retraerse en el tiempo, podía ver más allá de 60 años atrás con una claridad tal que parecía que la bruma se había convertido en una blanca pantalla de cine en la que se estaban proyectando sus vivencias.

Su mente comenzó a desgranar el pasado y la claridad de las imágenes hizo que su piel y su bello se le erizaran como si de un gato rabioso se tratara.

Podía ver a su padre, vendiendo en ese puesto, que él recibió como única herencia, sentía el olor de las verduras recién cortadas, que los "corsarios" y los "malletos" llevaban a la antigua lonja, situada en los aledaños del Campo del Sur. Aquellas carretas, cargadas de mercancía, tiradas por mulos que conocían tan bien la ruta, desde los sembrados hasta el mercado, que los "malletos", cansa-



dos de trabajar durante todo el día, se echaban a dormir durante el camino hasta que tras varias horas de viaje el mulo llegaba atraído a su destino como si de dos imanes se tratase.

Pensó en Antoñito Lucena que murió cuando, después de tantos años de trabajo, esfuerzo y sacrificio, comenzaba a ser feliz. Eran tantas historias, tantas vivencias, que éstas se agolpaban una detrás de otra con tal rapidez que su mente se encontraba en varios lugares y en varias situaciones a la vez.

Recordaba que ya con tres años comenzó la andadura en el puesto de su padre, y de no levantar lo suficiente del suelo para poder ver a los clientes que se acercaban al otro lado del mostrador, como cogía los manojitos de perejil en sus pequeñas manos y se los ofrecía a las mujeres, era aun tan pequeño que sus descansos en la venta eran para que su madre le amamantase.



Cuantas anécdotas a lo largo de su vida ocurridas en el puesto. Le gustaba tanto ir al mercado que por la noche, antes de acostarse, ataba un extremo de una cuerda a su pierna y el otro extremo al pantalón que su padre se iba a poner ese día de manera que al coger su padre el pantalón el se despertaba al sentir el tirón.

Qué habría sido de aquella niña de ojos azules que día tras día acompañaba a su madre a la compra, y que fue su amor platónico de la infancia, que calor subía por sus mejillas cada vez que la veía, como se le cambiaba el color cada vez que aparecía aquella niña con sus tirabuzones y aquella carita sonrosada, y su padre, conocedor de esa situación, cuantas bromas le gastaba.

Cuanto había llorado a su padre, como lo echó de menos, aquellos momentos en los que la venta se paraba un poco y éste le decía, "anda, chiqui, dile a Juanichi el del bar que te ponga un café, un vaso de leche y compra unos pocos de churros". Como añoraba ahora aquellos momentos.

Qué buenos compañeros conoció, como su difunto amigo Quino, que era el único que subía los precios en el mercado en vez de bajarlos, como hacían todos los demás, y a Paquita la ditera que sobre media mañana llegaba y daba dinero a ganancia, cobrando un real por duro y día.

Se contaba una anécdota de Quino y era la siguiente: en aquellos días se recibía en el mercado una patata que era de mucha calidad y que venía de Sanlúcar de Barrameda, con el único defecto de ser muy pequeña y que sólo se recibía durante un período muy corto de tiempo. Cuando Quino pesaba patatas a una señora, quitaba las más grandes con el pretexto de que se encontraban picadas y las tiraba a

un cubo, como si fueran para la basura. Al cabo de un mes, cuando ya nadie tenía patatas, el sacaba las que había estado tirando al cubo y éstas eran las mejores y más gordas que se habían visto en el mercado durante toda la campaña.

Aquellos días que en casa del Manteca, junto con unas copas de buen vino y el mejor embutido de la sierra, salían esos cantes por fandanguillos que, cantados con aquel sentimiento, eran capaces de hacer llorar a un muerto, o aquellos estribillos de las chirigotas de Paco Alba, catedrático del Carnaval.

La casa de la escalerilla, como en aquella época se la conocía, un burdel en el que por culpa de una apuesta de hombría, de la que se arrepintió toda su vida, perdió su virginidad con una prostituta llamada "la estanquera". Y, como no, su playa de la Caleta, donde pasó tantas tardes pescando, el balneario que había en esta misma playa, y cuantas veces había nadado hacia las barcas que se encontraban fondeadas en la ensenada, flanqueada por los castillos de San Sebastián y Santa Catalina. Conocía de memoria todas y cada una de las piedras que había en la Caleta, la piedra cuadra, la piedra camello, la palangana.

Había pasado tanta gente por su vida, eran tantas historias, pero todavía no acertaba a comprender por qué el pasado volvía al presente en su cabeza de forma vertiginosa.

Cuando salió de esa especie de trance en el que se encontraba inmerso, había amanecido, por fin, un día gris y la niebla comenzó tímidamente a levantar su vuelo sobre la bahía. Aún le quedaban pendientes unas compras por hacer, las efectuó y despidiéndose con un "hasta luego" de sus compañeros se puso en camino.

Sintió una imperiosa necesidad de dar un rodeo por la ciudad, y lentamente recorrió la



Avenida Principal, era como si pudiera estar viviendo el pasado, cuando aquello eran solo pequeñas casas, hoy convertidas en grandes edificios, y la situación de la plaza de toros, y la cueva de María Moco, donde de crío nunca se atrevió a entrar con sus amigos, debido al miedo visceral que sentía por las historias tan rocambolescas que se contaban sobre decenas de niños que habían desaparecido en esa cueva, que era tan grande que atravesaba todo el subsuelo llegando de un extremo a otro de la ciudad.

Bajó por la cuesta de las Calesas y fue a desembocar en el nudo portuario de la ciudad, donde vivió mil y una peripecias y donde durante los años difíciles buscaba la forma de conseguir un suplemento que hiciera paliar la desnutrida situación del momento a base de darles coba a aquellos estrañarios "guiris", que venían de las américas cargados de dólares y que se lo comían todo en las terrazas de los bares que había en la plaza del Ayuntamiento, con aquellos carteles que con picardía decían: "Se hablan nueve idiomas. (por señas)".



Y que fue de su amigo el Manolo, aquel que se vió obligado a emigrar con su familia a Alemania en busca de trabajo, con el que se fumó aquellos primeros cigarrillos en un alarde de hombría, y que acabaron por hacerle vomitar.

Ya a la altura de la Alameda de Apodaca, lugar éste con un encanto y una belleza inusual, se sobresaltó, un frío helado recorrió su cuerpo, un sudor gélido se apoderó de él. ¿Cómo era posible que se estuviese viendo reflejado en aquel banco junto a su Carmen, la que un día tan triste como hoy, hace un año, dejó este mundo para reunirse con los angeles del cielo, aquella mujer que fue la que le robó su primer beso y se le llevó su corazón. Entonces, lo comprendió, aquel día no era un día cualquiera, era el día que había estado esperando y pidiendo durante mucho tiempo.

Se apresuro a llegar al mercado, sabía que ese era el momento, una alegría incontenida inundaba su ser.

Recorrió la plaza palmo a palmo y, como aquel que se va a un largo viaje, se fue despidiendo de todos, pero no con un "adiós" sino con un "hasta pronto". Por última vez escuchó el vocear de sus compañeros, olió la verdura recién cortada como hacía en su infancia, y vio entrar el pescado cogido la noche anterior.

Lentamente, se dirigió a su puesto, se introdujo en él por una pequeña portezuela, se reclinó sobre uno de sus laterales, tomó en sus manos una vieja foto de su Carmen y murió plácidamente, cuando los primeros rayos de sol aparecieron, con la misma paz con la que vivió durante toda su vida.

Lo curioso es que algunos que no se enteraron del triste desenlace dicen que lo vieron pasear, al final de esa mañana, cogido de la mano de una bella mujer por las Galerías del Viejo Mercado Central. □

JOSE ANTONIO CASTRO LOPEZ
Técnico de Abastecimiento y Mercados
del Ayuntamiento de Cádiz.